

RETO A LA IGLESIA

Comentario teológico sobre la crisis política en
Sudáfrica

Documento "Kairós"

Prefacio

El documento KAIROS es un comentario cristiano, bíblico y teológico sobre la crisis política actual en Sudáfrica. Es un intento por parte de cristianos comprometidos en Sudáfrica para reflexionar sobre la situación de muerte en nuestro país. Es una reseña crítica de los modelos teológicos que determinan el tipo de actividades al que la Iglesia se dedica al tratar de resolver los problemas del país. Es un intento de desarrollar, a partir de esta desconcertante situación, un modelo bíblico y teológico alternativo que a su vez conduzca a formas de actividades que determinen una diferencia real para el futuro del país.

De particular interés es **la forma** en la que se elaboró el material teológico. En junio de 1985, cuando la crisis estaba intensificándose en el país, cuando más y más gente era asesinada, mutilada y puesta en prisión, cuando uno tras otro los poblados negros se rebelaban contra el régimen del "apartheid", cuando el pueblo rehusaba ser oprimido o cooperar con sus opresores, enfrentando la muerte cada día, y cuando el ejército del "apartheid" incursionaba en los poblados para dominarlos por las armas, un grupo de teólogos, preocupados por la situación, expresaron la necesidad de reflexionar sobre ella a fin de determinar cuál sería la respuesta más apropiada de parte de la Iglesia y de los cristianos en Sudáfrica.

Un primer grupo de discusión se reunió a principios de julio en el corazón de Soweto. Los participantes hablaron libremente acerca de la situación y de las diversas respuestas de la Iglesia, de sus líderes y de los cristianos. Se hizo una reseña de estas respuestas y se sometió a análisis crítico la teología que se derivaba de ellas. Se encargó a algunos miembros del grupo que reunieran los materiales sobre temas específicos que surgieron durante la discusión y que lo presentaran

en la siguiente sesión del grupo.

En la segunda sesión el material fue sometido a evaluación y se comisionó a varios para hacer más investigaciones sobre áreas problemáticas específicas. Los datos logrados, junto con el resto del material, fueron cotejados y presentados en la tercera sesión, a la cual asistieron más de treinta personas, entre teólogos, cristianos comunes (teólogos laicos) y algunos líderes de la Iglesia.

Después de una discusión muy amplia se hicieron algunos ajustes y adiciones, especialmente en la sección titulada "El reto para la acción". Luego, el grupo nombró un comité para someter el documento a una ulterior evaluación por parte de diversos grupos cristianos del país. A todos se les dijo que "éste es un documento del pueblo que también usted puede asumir como propio, aun cuando sea para echarlo a tierra, con tal que su posición pueda soportar la prueba de fe bíblica y de experiencia cristiana en Sudáfrica". Se les dijo que era un documento abierto del que no se estaba afirmando que fuera definitivo.

Sobre el "comité de trabajo", como se le llamó, llovieron comentarios, sugerencias y apreciaciones entusiastas de parte de diversos grupos y personas en el país. Para el 13 de Septiembre de 1985, fecha en que el documento fue presentado para su publicación, las recomendaciones y comentarios todavía estaban llegando. La primera publicación, consecuentemente, debe tomarse como un comienzo, como una base de ulterior discusión para todos los cristianos en el país. Ediciones posteriores serán publicadas más tarde.

25 de Septiembre de 1985
Johanesburgo

1. La hora de la verdad

Ha llegado el momento. La hora de la verdad está aquí. Sudáfrica está sumergida en una crisis que sacude sus bases y existen evidencias de que la crisis tan sólo empieza y que se agudizará y se hará aún más amenazante en los meses que vienen. Es el KAIROS o la hora de la verdad, no sólo para el "apartheid" sino también para la Iglesia.

Nosotros como grupo de teólogos hemos estado tratando de comprender el significado teológico de este momento en nuestra historia. Es serio, muy serio. Para muchos cristianos en Sudáfrica éste es el **Kairós**, el tiempo de gracia y de oportunidad, el tiempo favorable en el que Dios propone un reto para la acción decisiva. Es un tiempo también peligroso porque, si esta oportunidad se desaprovecha y se deja pasar, la pérdida para la Iglesia, para el evangelio y para el pueblo sudafricano sería incalculable. Jesús lloró por Jerusalén, lloró por la tragedia de la destrucción de la ciudad y la masacre del pueblo que era inminente; "porque no reconociste la oportunidad (**kairós**) que Dios te daba" (Lc 19,44).

Una crisis es un juicio que descubre lo mejor en algunas personas y lo peor en otras. Una crisis es un momento de verdad que nos muestra lo que somos realmente. No hay dónde esconderse ni forma alguna de pretender ser lo que de hecho no somos. En esta coyuntura en Sudáfrica la Iglesia tendrá que mostrar lo que es en realidad sin lugar a evasivas.

Lo que la actual crisis nos demuestra, aunque muchos de nosotros lo sabemos desde hace tiempo, es que **la Iglesia está dividida**. De suyo, más y más gente dice ahora que hay dos Iglesias en Sudáfrica: una Iglesia blanca y una Iglesia negra. De hecho, aun dentro de una misma denominación hay dos Iglesias. En el conflicto de vida o muerte entre las diferentes fuerzas sociales que ha alcanzado hoy un punto crítico en Sudáfrica, hay cristianos (o al menos, personas que se dicen cristianas) en ambos lados, -aunque algunos pretenden ser neutrales!

¿Demuestra esto que la fe cristiana carece de significado o relevancia real para nuestros tiempos? ¿Demuestra esto que la Biblia puede ser utilizada en última instancia para cualquier propósito? Tales problemas serían cruciales para la Iglesia en cualquier situación, pero, cuando alcanzamos a ver el conflicto en Sudáfrica como un conflicto entre opresor y oprimido, la crisis para la Iglesia como institución se agudiza más todavía. Tanto el opresor como el oprimido profesan su lealtad a la misma Iglesia. Ambos están bautizados con el mismo bautismo y participan juntos en la repartición del mismo pan, el mismo cuerpo y sangre de Cristo. Nos sentamos juntos dentro de la misma Iglesia mientras que afuera policías y soldados cristianos golpean y asesinan a niños cristianos o matan con torturas a prisioneros cristianos, mientras otros cristianos se mantienen apartados del conflicto y claman débilmente por la paz.

La Iglesia está dividida y le ha llegado su día de juicio. La hora de la verdad nos ha obligado a analizar con más cuidado las diferentes teologías en nuestras Iglesias y a hablar más clara y osadamente acerca del significado real de estas teologías. Hemos podido distinguir tres teologías que llamaremos "la teología del estado", "la teología eclesial" y "la teología profética". En nuestro concienzudo examen crítico de la primera y segunda teologías no queremos suavizar nuestras palabras. La situación es demasiado crítica para ello.

2. Evaluación de la "Teología del Estado"

El Estado de "apartheid" de Sudáfrica tiene una teología propia, que hemos optado por llamar "Teología del Estado". La "Teología del Estado" es sencillamente la justificación teológica del status-quo con su racismo, capitalismo y totalitarismo. Ella santifica la injusticia, canoniza la voluntad del poderoso y reduce a los pobres a la pasividad, la obediencia y la apatía.

¿Cómo logra esto la "Teología del Estado"? Lo hace abusando de conceptos teológicos y textos bíblicos para sus propios fines políticos. En este documento quisiéramos señalar cuatro ejemplos claves de este procedimiento en Sudáfrica. El primero es el uso de Romanos 13, 1-7 para atribuir una

autoridad absoluta y "divina" al Estado; el segundo es el uso de la idea de "ley y orden" para determinar y controlar lo que el pueblo debe considerar justo o injusto; el tercero es el uso de la palabra "comunista" para etiquetar a todo aquél que rechaza la "Teología del Estado"; y, finalmente, el uso que se hace del nombre de Dios.

El texto de Romanos 13, 1-7

El abuso de este conocido texto no es limitado al actual gobierno de Sudáfrica. A lo largo de la historia de la cristianidad, los regímenes totalitarios han tratado de legitimar con este texto una actitud de obediencia ciega y de servilismo total al estado. El conocido teólogo Oscar Cullman lo señaló hace treinta años:

"Tan pronto como los cristianos, por lealtad al Evangelio de Jesús, ofrecen resistencia a las pretensiones de un estado totalitario, los representantes de dicho estado o sus consejeros teológicos colaboracionistas suelen recurrir a esta cita de San Pablo, como si esta cita recomendara a los cristianos aprobar y, en consecuencia, apoyar todos los crímenes de un estado totalitario". (The State in New Testament, SCM 1957, p. 56).

Pero ¿cuál es entonces el significado de Romanos 13, 1-7 y por qué el uso que hace de este texto la "Teología del Estado" es inadmisibile desde un punto de vista bíblico?

La "Teología del Estado" supone que en este texto Pablo nos presenta la doctrina cristiana definitiva y absoluta con respecto al estado; en otras palabras, un principio universal y absoluto que es igualmente válido en todo momento y en toda situación. La falsedad de esta suposición ha sido señalada por muchos estudiosos de la Biblia (cfr., por ejemplo, E. Käsemann, Commentary on Romans, SCM, p. 354-357; O. Cullman, The State in the New Testament, SCM, p. 55-57).

Aquí se ha hecho caso omiso de uno de los principios fundamentales de la interpretación bíblica: cada texto debe ser interpretado **en su contexto**. Aislar un texto de su contexto e interpretarlo en abstracto es distorsionar el significado de la palabra de Dios. Por otra parte, el contexto aquí no se

reduce a los capítulos y versículos que preceden y siguen a este texto en particular; tampoco está limitado al contexto total de la Biblia. El contexto incluye también las **circunstancias** en las cuales se hizo la exposición de Pablo. Pablo escribía a una determinada comunidad cristiana en Roma, una comunidad que tenía sus propios problemas particulares con respecto al Estado en aquella época y en aquellas circunstancias. Esto forma parte del contexto de nuestro texto.

Muchos autores han señalado el hecho de que en el resto de la Biblia Dios no exige obediencia a gobernantes opresivos. Los ejemplos abarcan desde el Faraón hasta Pilato, y aun a los tiempos apostólicos. Los judíos, y posteriormente los cristianos, no creían que sus dominadores imperiales -fueran ellos egipcios, babilonios, griegos o romanos-, poseyeran algún tipo de derecho divino para gobernarlos y oprimirlos. Estos imperios fueron las bestias descritas en el libro de Daniel y en el Apocalipsis. Dios les **permitió** gobernar durante un tiempo, pero **no aprobó** lo que ellos hicieron. No fue la voluntad de Dios. Su voluntad era la libertad y la liberación de Israel. El texto de Romanos 13, 1-7 no puede estar con contradicción con esto.

Pero lo más revelador de todo son las circunstancias de los cristianos romanos a quienes Pablo escribía. Ellos no eran revolucionarios. No intentaban derrocar al Estado. Tampoco pedían un cambio de gobierno. Eran lo que ha sido denominado "antinomistas" o "entusiastas", y creían que los cristianos, y nadie más que ellos, estaban exonerados de obedecer a ningún estado, gobierno o autoridad política, **porque** sólo Jesús era su Señor y su Rey. Esto, por supuesto, es herético y Pablo se vio forzado a señalarles a estos cristianos que antes de la segunda venida de Cristo siempre habrá algún tipo de Estado, algún tipo de gobierno secular, y que los cristianos no están exonerados de someterse a algún tipo de autoridad política.

Aquí Pablo no habla del problema de un estado justo o injusto, o de la necesidad de cambiar un gobierno por otro. Simplemente plantea el hecho de que siempre existirá algún tipo de autoridad secular y que los cristianos como tales no están exonerados de someterse a las autoridades y leyes seculares. No dice nada en absoluto sobre lo que deberían hacer

cuando el Estado se vuelve injusto y opresivo. Eso es otro asunto.

En consecuencia, los que buscan respuestas a los problemas e interrogantes muy distintos de nuestro tiempo en el texto de Romano 13, 1-7, hacen una gran injusticia a Pablo. El uso que de este texto hace la "Teología del Estado" dice más de las posiciones políticas de los que construyen esta teología que del significado de la palabra de Dios en tal texto. Como lo formula un escriturista: "El interés principal es justificar los intereses del Estado, y el texto, entonces, es utilizado sin respetar ni el contexto ni la intención de Pablo".

Si deseamos buscar en la Biblia alguna indicación para una situación en la que el Estado, -que se supone ha de ser "funcionario de Dios" (Romanos 13, 6)- traiciona esa vocación y comienza a servir a Satanás, podemos encontrarla en el capítulo 13 del Apocalipsis. Allí el estado romano se convierte en el sirviente del dragón (el demonio) y asume la apariencia de una horrible bestia. Sus días están contados porque Dios no permitirá que su siervo infiel reine eternamente.

Ley y orden

El estado hace uso del concepto de ley y orden para mantener el status-quo, que describe como "normal". Pero esta **ley** son las injustas y discriminatorias leyes del apartheid y este orden es el desorden institucionalizado y organizado de la opresión. A los que desean cambiar esta ley y este orden se les hace sentir que actúan fuera de la ley. En otras palabras, se les hace sentir como culpables y pecadores.

En realidad es el deber del Estado mantener la ley y el orden, pero no tiene validación divina para una ley y un orden cualquiera. Algo injusto no se convierte en moral o justo simplemente porque el Estado lo haya decretado así, y la organización de la sociedad no es justa ni correcta simplemente porque el Estado lo haya establecido. No se puede aceptar cualquier clase de ley ni cualquier clase de orden. La preocupación de los cristianos es lograr en nuestro país una ley justa y un orden correcto.

En la crisis actual, y en especial durante el estado de

ēmergencia, la "Teología del Estado" ha intentado restablecer el status-quo de la discriminación, la explotación y la opresión metódicas apelando a la conciencia de sus ciudadanos en el nombre de la ley y el orden. A los que rechazan esa ley y ese orden les hace sentir que son impíos. El estado, en este sentido, no sólo usurpa el derecho de la Iglesia de decidir sobre lo que sería justo y correcto en nuestra situación; va más allá y exige de nosotros, en el nombre de la ley y el orden, una obediencia reservada sólo a Dios. El Estado sudafricano no reconoce ninguna otra autoridad que no sea el mismo Estado y, por tanto, no permitirá que nadie le cuestione lo que ha optado por definir como "ley y orden". No obstante, hay hoy millones de cristianos en Sudáfrica que junto con Pedro dicen: "Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5, 29).

La amenaza del comunismo

Todos sabemos de qué manera el Estado sudafricano hace uso de la etiqueta "comunista". El que amenace el "status-quo" es tachado de "comunista". El que se oponga al Estado, y en particular el que rechace su teología, es desechado bajo el nombre de "comunista". No se tiene en cuenta lo que significa realmente comunismo. No se hace ninguna reflexión de por qué algunas personas ciertamente han optado por el comunismo o por alguna forma de socialismo. Incluso los que no han rechazado el capitalismo son calificados como "comunistas" cuando han llegado a rechazar la "Teología del Estado". El Estado hace uso de la etiqueta de "comunista" de una manera acrítica e irreflexiva, como símbolo del mal.

La "Teología del Estado", como todas las teologías, necesita tener su propio símbolo concreto del mal. Debe ser capaz de simbolizar lo que se considera como conducta antirreligiosa y qué ideas deben ser consideradas como ateas. Debe tener su propia versión del infierno. Así que ha inventado, o más bien se ha apropiado del mito del comunismo. Todo mal es comunista y toda idea comunista o socialista es antirreligiosa y atea. La amenaza del infierno y de la condenación eterna son sustituidas por las amenazas y advertencias sobre los horrores del régimen comunista tiránico, totalitario, ateo y terrorista: una especie de infierno en la tierra. Esta es

una manera muy cómoda de atemorizar a algunas personas para que acepten cualquier tipo de dominación y explotación de una minoría capitalista.

El Estado sudafricano tiene su propia teología herética y, de acuerdo a esa teología, millones de cristianos en Sudáfrica (por no decir en todo el mundo) pueden ser considerados como "ateos". Es muy significativo, sin embargo, que en tiempos del cristianismo primitivo, cuando los cristianos rechazaban a los dioses del imperio romano, fueron calificados como "ateos" precisamente por el Estado.

El Dios del Estado

El Estado, para oprimir al Pueblo, hace uso del nombre de Dios una y otra vez. Los capellanes militares lo utilizan para animar a la Fuerza de Defensa Sudafricana, los capellanes de la policía lo utilizan para alentar a los policías, y los ministros del gabinete lo utilizan en sus discursos propagandísticos. Pero quizá el más revelador de todos es el uso blasfemo del santo nombre de Dios en el preámbulo de la nueva constitución del apartheid:

En humilde sometimiento a Dios Todopoderoso, que controla los destinos de las naciones y la historia de los pueblos, que desde muchas tierras trajo a nuestros antepasados y los reunió dándoles esta tierra como propia, que los ha guiado de generación en generación, que milagrosamente los ha liberado de los peligros que les acechaban.

Este Dios es un ídolo. Es tan perverso, siniestro y malvado como cualquiera de los ídolos contra los que pelearon los profetas de Israel. Aquí tenemos un dios que está históricamente del lado de los colonizadores blancos, que desaloja a los negros de sus tierras y que da la mayor parte de estas tierras a su "pueblo escogido".

Es el dios de las armas superiores que conquistó a los que no estaban armados más que con las lanzas. Es el dios de los instrumentos represivos, el dios del gas lacrimógeno, las balas de goma, los látigos, las celdas, las prisiones y las sentencias de muerte. Aquí aparece un dios que enaltece a los orgullosos y humilla a los pobres; todo lo opuesto del Dios

de la Biblia que "dispersa a los soberbios, derriba del trono a los poderosos y exalta a los humildes" (Lc 1, 51-52). Desde un punto de vista teológico lo opuesto al Dios de la Biblia es el mal, Satanás mismo. El dios del Estado sudafricano no es solamente un ídolo o un dios falso, es el demonio disfrazado de Dios Todopoderoso: el Anticristo.

El régimen opresivo sudafricano siempre será particularmente aborrecido por los cristianos precisamente por el uso que hace del cristianismo para justificar sus métodos maléficos. Como cristianos no podemos sencillamente tolerar esta utilización blasfema del nombre y la palabra de Dios. La "Teología del Estado" no sólo es herética sino también blasfema. Los cristianos que tratan de mantenerse fieles al Dios de la Biblia quedan todavía más escandalizados al ver que hay iglesias, como las Iglesias Holandesas Reformadas Blancas y otros grupos de cristianos, que realmente se adhieren a esta teología herética. La "Teología del Estado" necesita sus propios profetas, y se las arregla para encontrarlos en algunas de nuestras iglesias, entre los que se llaman ministros de la Palabra de Dios. Para un cristiano es particularmente trágico ver el número de personas que se dejan engañar por estos falsos profetas y su teología herética.

3. Evaluación de la "Teología eclesial"

Hemos analizado las declaraciones que de vez en cuando hacen las llamadas Iglesias de "habla inglesa". Hemos examinado lo que los líderes eclesiales suelen decir en sus discursos y declaraciones de prensa respecto al régimen del "apartheid" y la crisis actual. Lo que encontramos en todos estos pronunciamientos es una serie de suposiciones teológicas interrelacionadas. Hemos optado por llamarla "Teología eclesial". Estamos conscientes que de hecho esta teología no expresa actualmente la fe de la mayoría de los cristianos que forman la mayor parte de muchas de nuestras iglesias en Sudáfrica. No obstante, las opiniones expresadas por los líderes de la Iglesia son consideradas en los medios de comunicación y en nuestra sociedad en general como las opiniones oficiales de las Iglesias. Por eso, hemos optado por llamar estas opinio-

nes "teología eclesial". La crisis en la que nos encontramos hoy nos obliga a cuestionar esta teología, sus presupuestos, sus implicaciones y su practicidad.

En una forma limitada, prudente y cautelosa, esta teología critica el "apartheid". Sin embargo, su crítica es superficial y contraproducente porque en lugar de dedicarse a un profundo análisis de los signos de los tiempos, se contenta con unas cuantas fórmulas que se derivan de la tradición cristiana y que luego las aplica acríticamente y repetitivamente a nuestra situación. Las fórmulas utilizadas por casi todos los líderes de estas iglesias que nos gustaría examinar aquí son: reconciliación (o paz), justicia y no-violencia.

Reconciliación

La "Teología eclesial" ve en la reconciliación la clave para la solución del problema. Habla sobre la necesidad de reconciliación entre negros y blancos o entre todos los sudafricanos. La "teología eclesial" suele describir la posición cristiana de la siguiente manera: "Tenemos que ser justos. Debemos atender a los dos lados de la cuestión. Si las dos partes pudieran encontrarse para dialogar y negociar, superarían sus diferencias y malentendidos y el conflicto quedaría resuelto". En un nivel superficial esto podría parecer una posición muy cristiana. Pero ¿lo es en realidad?

La falacia expresada aquí es que la "reconciliación" ha sido transformada en un principio absoluto que debe aplicarse a todos los casos de conflicto o discordia. Pero no todos los casos de conflicto son iguales. Podemos imaginarnos una riña privada entre dos personas o grupos cuyas diferencias están basadas en malentendidos. En tales casos sería apropiado dialogar y negociar para superar los malentendidos y reconciliar a ambas partes. Pero existen otros conflictos en los cuales una parte está en lo correcto y la otra parte está equivocada. Hay conflictos en los que una parte es un opresor completamente armado y violento, mientras que la otra es indefensa y oprimida. Hay conflictos que sólo pueden describirse como una lucha entre la justicia y la injusticia, el bien y el mal, Dios y el demonio. Hablar de la reconciliación de estos dos no es solamente una aplicación equivocada de la idea

cristiana de reconciliación; es una total traición a todo lo que la fe cristiana ha significado. En ninguna parte de la Biblia o de la tradición cristiana se ha propuesto jamás que debemos tratar de reconciliar lo bueno con lo malo, Dios con el demonio. Se supone que debemos eliminar la maldad, la injusticia, la opresión y el pecado; no hacer pactos con él. Se supone que debemos oponernos, confrontar y rechazar al demonio y no sentarnos a la mesa con él.

En nuestra situación en Sudáfrica hoy sería totalmente anticristiano llamar a la reconciliación y la paz antes de que se hayan eliminado las actuales injusticias. Tales llamadas son manipuladas por el opresor, tratando de persuadir a los oprimidos de entre nosotros a aceptar nuestra opresión y reconciliarnos con los intolerables crímenes que se cometen contra nosotros mismos. Eso no es reconciliación cristiana, eso es pecado. Es pedirnos que seamos cómplices de nuestra propia opresión, que nos volvamos esclavos del demonio. **Sin justicia** no hay reconciliación posible en Sudáfrica.

Lo que esto significa en la práctica es que ningún perdón, ninguna reconciliación, ni ninguna negociación es posible **sin arrepentimiento**. La enseñanza bíblica sobre la reconciliación y el perdón demuestra claramente que nadie puede ser perdonado y reconciliarse con Dios a menos que se arrepienta de sus pecados. Tampoco se espera que **perdonemos** al pecador que no se ha arrepentido. Cuando se arrepiente debemos estar dispuestos a perdonarlo hasta setenta veces siete, pero antes se espera que prediquemos el arrepentimiento a los que pecan contra nosotros o contra cualquier otro. La reconciliación, el perdón y la negociación serán nuestro deber cristiano en Sudáfrica sólo cuando el régimen del "apartheid" dé señales de un genuino arrepentimiento. El reciente discurso de P.W. Botha en Durban, la continua represión militar contra el pueblo en los poblados y el encarcelamiento de todos sus opositores son pruebas claras de la total falta de arrepentimiento de parte del régimen actual. No hay nada que queramos más que una verdadera reconciliación y una paz genuina, la paz que Dios quiere y no la paz que el mundo quiere (Jn 14, 27). La paz que Dios quiere se basa en la verdad, el arrepentimiento, la justicia y el amor. La paz que el mundo nos ofrece es un tipo de unidad que compromete la verdad, encubre la injusticia

y la opresión y está totalmente motivada por el egoísmo.

En tal situación, al igual que Jesús, debemos denunciar esta falsa paz, hacer frente a nuestros opresores y promover la discordia. Como cristianos debemos decir con Jesús: "¿Pensan que he venido a traer la paz a la tierra? Les digo que no, división y nada más" (Lc 12, 51). No puede haber una paz verdadera sin justicia y arrepentimiento.

Sería muy equivocado tratar de preservar la "paz" y la "unidad" a cualquier costo, aun al costo de la verdad y la justicia, y peor aún, al costo de miles de vidas jóvenes. Como discípulos de Jesús más bien debemos promover la verdad, la justicia y la vida a cualquier precio, aun al precio de crear conflictos, desunión y discordia al hacerlo. Para que sean verdaderamente bíblicos, los líderes de nuestra Iglesia deben adoptar una teología que millones de cristianos han adoptado ya: una teología bíblica de confrontación directa con las fuerzas del mal en lugar de una teología de reconciliación con el pecado y el demonio.

Justicia

No sería correcto dar la impresión de que la "Teología eclesial" en Sudáfrica no está particularmente preocupada por la necesidad de justicia. Ha habido algunas demandas de justicia muy sinceras y muy fuertes. Pero la pregunta que tenemos que plantear aquí es una pregunta teológica muy seria: ¿Qué clase de justicia? Un examen de los pronunciamientos y declaraciones de la Iglesia da la clara impresión de que la justicia que se vislumbra es **la justicia de la reforma**, es decir, una justicia que está determinada por el opresor, por la minoría blanca, y que se ofrece al pueblo como una especie de concesión. No parece ser la justicia más radical que surge desde abajo y que está determinada por el pueblo de Sudáfrica.

Una de las principales razones para sacar esta conclusión es el sencillo hecho de que casi todas las declaraciones y llamados de la Iglesia se dirigen al Estado o a la comunidad blanca. Al parecer, se supone que los cambios deben iniciarse con los blancos o al menos con la gente que está en la cúspide. Parece que la idea general es apelar a la conciencia y a la

buena voluntad de aquellos que son los responsables de la injusticia en nuestra tierra y que una vez arrepentidos de sus pecados, y después de algunas consultas con otros, introducirán las reformas necesarias en el sistema. ¿Por qué otra razón sostendrían los líderes de la Iglesia conversaciones con P.W. Botha, si no fuera por esta visión de una solución justa y pacífica para nuestros problemas?

En el fondo de esta manera de plantear las cosas existe la confianza en las "conversiones individuales" como respuesta a "llamados concientizadores" para cambiar las estructuras de nuestra sociedad. Esto jamás ha funcionado y jamás funcionará. La crisis actual, con toda su crueldad, brutalidad y dureza es una prueba contundente de la inutilidad de años y años de "concientización" cristiana con respecto a la necesidad del amor. El problema que tenemos aquí en Sudáfrica no es solamente un problema de culpabilidad personal, es un problema de injusticia estructural. El pueblo está sufriendo; al pueblo se le mutila, se le tortura y se le asesina todos los días. No podemos apartarnos del conflicto y esperar que el opresor se concientice sólo para que los oprimidos puedan extender sus manos y mendigar las migajas de unas cuantas pequeñas reformas. Eso en sí mismo sería degradante y opresivo.

Ha habido algunas reformas y, sin lugar a dudas, habrá más en un futuro cercano. Y bien podría ser que el llamado de las iglesias a las conciencias de los blancos haya contribuido marginalmente a la introducción de algunas de estas reformas. Pero, ¿pueden tales reformas ser consideradas en algún momento como un verdadero cambio, como la introducción de una justicia real y duradera? Las reformas que vienen desde arriba nunca son satisfactorias. Raras veces logran algo más que hacer la opresión más efectiva y más aceptable. Si en algún momento el opresor introdujera reformas que pudieran conducir a un verdadero cambio, esto sucedería tan sólo a causa de una fuerte presión por parte de los que son oprimidos. La verdadera justicia, la justicia de Dios, exige un cambio radical de estructuras. Esto sólo puede venir de la base, de los oprimidos mismos. Dios hará el cambio de la misma manera que lo hizo con los hebreos oprimidos y esclavizados en Egipto. Dios no hace su justicia a través de reformas introducidas por los

faraones de este mundo.

¿Por qué, entonces, la "Teología eclesial" apela a la cúspide, en lugar de apelar al pueblo que está sufriendo? ¿Por qué esta teología no exige que los oprimidos reclamen sus derechos y emprendan una lucha contra sus opresores? ¿Por qué no les dice que es **su deber** trabajar por la justicia y cambiar las estructuras injustas? Quizás la respuesta a estas interrogantes sea que los llamados desde la "cúspide" de la Iglesia tienden con facilidad a ser llamados a la "cúspide" de la sociedad. Ciertamente se debe apelar a la conciencia de los que perpetúan el sistema de injusticia; pero el verdadero cambio y la verdadera justicia sólo pueden venir desde la base, desde el pueblo, cuya mayor parte está compuesta por cristianos.

No-violencia

La posición de la "Teología eclesial" sobre la no-violencia, expresada como una condena global de todo lo que se denomina violencia, no sólo ha sido incapaz de frenar la violencia de nuestra situación, sino que también ha sido, en realidad, uno de los factores que más ha contribuido, quizá sin saberlo a la reciente escalada de la violencia del Estado. Una vez más la no-violencia ha sido convertida en un principio absoluto que se aplica a lo que cualquiera llame violencia sin importar quién es el que la está utilizando, en qué lado está o qué propósitos tiene. En nuestra situación eso es simplemente contraproducente.

Aquí el problema para la Iglesia es la manera en que la palabra violencia está siendo utilizada por la propaganda del Estado. El Estado y los medios de comunicación han optado por llamar violencia a lo que alguna gente hace en los poblados, en la lucha por su liberación, por ejemplo, lanzar piedras, quemar carros y edificios y a veces matar colaboradores. Pero esto deja fuera la violencia estructural, institucional e impenitente del Estado y específicamente la violencia opresiva y patente de la policía y el ejército. Eso no se considera violencia. E incluso cuando se la llega a reconocer como "excesiva", se le llama "mala conducta" o "atrocidades", pero nunca violencia. En consecuencia, la frase "violencia en las poblaciones" ha llegado a significar lo que los jóvenes están haciendo y no

lo que la policía está haciendo o lo que el "apartheid" en general le está haciendo al pueblo. Un llamado a la no-violencia en tales circunstancias parece ser una crítica a la resistencia del pueblo, en tanto que justifica, o al menos obvia, la violencia de la policía y del Estado. Así es como es interpretado no sólo por el Estado y los que lo apoyan, sino también por el pueblo que está luchando por su libertad. Violencia, especialmente en nuestras circunstancias, es una palabra prejuiciada.

Cierto es que las declaraciones y pronunciamientos de la Iglesia condenan también la violencia de la policía. Ellos dicen que condenan **toda violencia**. Pero, ¿es legítimo, especialmente en nuestras circunstancias, utilizar la misma palabra violencia en una indiscriminada condena global que incluye a la vez las despiadadas y represivas actividades del Estado y los intentos desesperados del pueblo para defenderse? Tales abstracciones y generalizaciones, ¿no confunden las cosas? ¿Cómo pueden equipararse actos de opresión, injusticia y dominación con actos de resistencia y defensa propia? ¿Sería legítimo describir igualmente como violencia la fuerza física utilizada por un violador y la fuerza física utilizada por una mujer que trata de resistirse al violador?

Por otra parte, en la Biblia o en nuestra tradición cristiana no existe nada que permita establecer tales generalizaciones. A todo lo largo de la Biblia, la palabra violencia se utiliza para describir todo lo que hace un opresor malvado (por ejemplo, Sal 72, 12-14; Is 59, 1-8; Jr 22, 13-17; Am 3, 9-10; 6, 3; Mq 2, 2; 3, 1-3; 6, 12). Nunca se utiliza para describir las actividades del ejército de Israel al tratar de liberarse o de resistir la agresión. Cuando Jesús dice que debemos poner la otra mejilla, está diciendo que no debemos tomar venganza; no dice que nunca debemos defendernos o defender a otros. Existe una larga y consistente tradición cristiana acerca del uso de la fuerza física para defenderse de los agresores y tiranos. En otras palabras, hay circunstancias en las que la fuerza física puede ser utilizada. Son circunstancias muy restrictivas, sólo como último recurso o el menor de dos males, o, como Bonhoeffer lo plantea: "la menor de dos culpas". Pero simplemente no es cierto decir que todos los usos posibles de la fuerza física son violencia y que en ninguna circunstancia puede permitirse.

Esto no quiere decir que cualquier uso de la fuerza, en cualquier momento, por el pueblo que está oprimido, se permite sólo porque está luchando por su liberación. Ha habido casos de asesinato y mutilación que ningún cristiano querría aprobar. Pero en tales casos nuestra desaprobación estaría basada en la preocupación por una liberación auténtica y la convicción de que tales actos son innecesarios, contraproducentes e injustificables, y no por una condena global al uso de cualquier fuerza física en cualquier circunstancia.

Y, finalmente, lo que hace que la declarada no-violencia de la "Teología eclesial" sea extremadamente sospechosa para mucha gente, incluyéndonos a nosotros, es el apoyo tácito que muchos líderes de la Iglesia le dan a la creciente militarización del Estado sudafricano. ¿Cómo puede uno condenar toda violencia y después nombrar capellanes para un ejército muy violento y opresivo? ¿Cómo puede uno condenar toda violencia y permitir después que hombres jóvenes blancos acepten ser reclutados por las fuerzas armadas? ¿Es porque las actividades de las fuerzas armadas se consideran defensivas? Esto hace surgir cuestionamientos muy serios respecto al lado de quién están tales líderes eclesiales. ¿Por qué las actividades de los jóvenes negros en los poblados no son consideradas defensivas?

En la práctica, lo que se denomina "violencia" y lo que se denomina "defensa propia" parece depender del lado en que uno se encuentra. Nombrar toda fuerza física como "violencia" es intentar ser neutral y rehusar emitir un juicio sobre quién está en lo correcto y quién en lo incorrecto. Pero es inútil tratar de mantenerse neutral en esta clase de conflicto. La neutralidad facilita la continuación del status quo de opresión (y en consecuencia, de la violencia). Esta es una forma tácita de apoyar al opresor.

El problema fundamental

No es suficiente criticar la "Teología eclesial"; debemos tratar también de explicarla. ¿Qué hay detrás de los errores, los malentendidos y las imperfecciones de esta teología?

En primer lugar, podemos señalar una falta de **análisis**

social. Hemos visto que la "teología eclesial" suele hacer uso de principios absolutos como la reconciliación, la negociación, la no-violencia y las soluciones pacíficas y los aplica indiscriminadamente y acríticamente a todas las situaciones. No se intenta analizar lo que realmente está sucediendo en nuestra sociedad y el por qué está sucediendo. No es posible hacer juicios morales válidos respecto a una sociedad, si primero no hemos comprendido esa sociedad. El análisis del "apartheid" que subyace a la "Teología eclesial" es sencillamente inadecuado. La crisis actual ha dejado muy claro que los esfuerzos de los líderes eclesiales para promover métodos efectivos y prácticos encaminados a cambiar nuestra sociedad han fracasado. Este fracaso se debe en gran medida al hecho de que la "Teología eclesial" no ha desarrollado un análisis social que le permita comprender los mecanismos de injusticia y de opresión.

Estrechamente relacionado con esto, encontramos dentro de la "Teología eclesial" la falta de una comprensión adecuada de la política y de la estrategia política. Cambiar las estructuras de la sociedad es fundamentalmente una cuestión de política. Requiere de una estrategia política basada en un claro análisis político o social. La Iglesia debe dirigirse a estas estrategias y al análisis en el cual se basan. Es en esta situación política en la que la Iglesia debe introducir el evangelio; no como una solución alternativa a nuestros problemas, como si el evangelio nos suministrara una solución no-política a los problema políticos. No existe una solución específicamente cristiana. Hay, una manera cristiana de enfrentar las soluciones políticas, un espíritu, una motivación y una actitud cristiana, pero no hay forma de rehuir la política y las estrategias políticas.

Sin embargo, todavía no hemos apuntado el problema fundamental. ¿Por qué la "Teología eclesial" no ha desarrollado un análisis social? ¿Por qué tiene una comprensión inadecuada respecto a la necesidad de estrategias políticas? Y, ¿por qué la neutralidad y la auto-marginación se consideran como virtudes?

La respuesta debe buscarse en **el tipo de fe y espiritualidad** que durante siglos ha dominado la vida de la Iglesia. Como sabemos, la espiritualidad ha tendido a ser un asunto de otro

mundo que tiene poco o nada que ver con los asuntos de este mundo. Los asuntos sociales y políticos eran vistos como asuntos mundanos que nada tenían que ver con las preocupaciones espirituales de la Iglesia. Más aún, la espiritualidad misma se consideraba también como un asunto meramente privado e individual. Los asuntos públicos y los problemas sociales estaban ubicados fuera de la esfera de la espiritualidad. Y, finalmente, la espiritualidad que hemos heredado tiende a confiar en un Dios que interviene cuando le da la gana para poner en orden lo que está mal en el mundo. Esto no deja mucho que hacer a los seres humanos, como no sea pedir la intervención divina.

Es precisamente esta clase de espiritualidad la que, confrontada con la crisis actual en Sudáfrica, deja a tantos cristianos y líderes de la Iglesia en un estado cuasi parálisis.

De más está decir que este tipo de fe y esta clase de espiritualidad carecen de fundamentación bíblica. La Biblia no separa a la persona del mundo donde vive; no separa lo individual de lo social o la vida privada de la vida pública. Dios redime a la persona en su totalidad como parte de su entera creación (Rom 8, 18-24). Una espiritualidad verdaderamente bíblica penetraría en cada aspecto de la existencia humana y no excluiría nada de la voluntad redentora de Dios. La fe bíblica es proféticamente relevante a todo lo que sucede en el mundo.

4. Hacia una Teología Profética

Nuestro **kairós** actual pide una respuesta por parte de los cristianos que sea bíblica, espiritual, pastoral y, sobre todo, profética. En estas circunstancias no es suficiente repetir principios cristianos en abstracto. Necesitamos de una atrevida e incisiva respuesta que sea profética porque va dirigida a la situación particular de esta crisis, una respuesta que no dé la impresión de colocarse al margen sino que sea una toma de posición clara y sin ambigüedades.

Análisis social

La primera tarea de una teología profética para nuestros tiempos sería un intento de análisis social o lo que Jesús llamaría "leer los signos de los tiempos" (Mt 16,3) o "interpretar este **kairós**" (Lc 12, 56). No es posible hacerlo en detalle en este documento pero debemos comenzar al menos con las líneas generales de un análisis del conflicto en el que nos encontramos.

Sería erróneo ver el conflicto actual simplemente como una guerra racial. El componente racial está presente, pero no se trata de dos razas o naciones iguales, con sus propios intereses egoístas de grupo. La situación con la que aquí nos enfrentamos es de opresión. El conflicto es entre el opresor y el oprimido. El conflicto es entre dos **causas** o **intereses** irreconciliables, en el cual uno es justo y el otro injusto.

Por un lado, tenemos los intereses de los que se benefician del status quo y que están decididos a mantenerlo a cualquier costo, aun a costo de millones de vidas. En sus intereses está el introducir un cierto número de reformas a fin de asegurar que el sistema no cambie radicalmente y que puedan seguir beneficiándose de él como lo han hecho hasta ahora. Ellos se benefician del sistema porque les favorece y les posibilita acumular una gran cantidad de riqueza y mantener un nivel de vida excepcionalmente alto y quieren asegurarse de que seguirá así, aun cuando sean necesarios algunos ajustes.

Por el otro lado, tenemos a los que en nada se benefician del sistema tal como es en la actualidad. Se les trata como meras unidades de trabajo, se les paga sueldos de hambre, se les separa de sus familias a causa del trabajo migratorio, se les mueve de un lugar a otro como si fueran ganado y se les confina a sus reservas para morir de hambre... y todo esto para beneficio de una minoría privilegiada. No tienen ninguna voz en el sistema y se espera que estén agradecidos por las concesiones que se les ofrecen como migajas. No tienen por tanto, ningún interés en que el sistema continúe, aunque fuera de manera "reformada" o "revisada". Ya no están dispuestos a ser aplastados, oprimidos y explotados. Están decididos a cambiar radicalmente el sistema de modo que

ya no beneficie únicamente a unos cuantos privilegiados, y están dispuestos a lograr eso aun a costo de sus propias vidas. Lo que quieren es justicia para todos.

Esta es nuestra situación de guerra civil o revolución. Un lado está comprometido con mantener el sistema a toda costa y el otro está decidido a cambiarlo. Hay aquí dos proyectos contradictorios, y no hay componendas posibles. O tenemos una justicia plena e igual para todos o no habrá justicia del todo.

La Biblia tiene mucho que decir respecto a este tipo de conflicto, respecto a un mundo que está dividido en opresores y oprimidos.

La opresión en la Biblia

Cuando buscamos en la Biblia un mensaje sobre la opresión descubrimos, como muchos otros en todo el mundo lo están haciendo, que la opresión es un tema central en el Antiguo y el Nuevo Testamento. Los estudiosos de la Biblia que se han ocupado en investigar el tema de la opresión en la Biblia, han descubierto que hay no menos de 20 raíces diferentes en hebreo para describir la opresión. Como dice un autor, la opresión es "una categoría estructural básica en la teología bíblica" (TD Hanks, *God so loved the Third World*, Orbis 1983, p.4).

Por otra parte, la descripción de la opresión en la Biblia es vívida y concreta. La Biblia describe la opresión como la experiencia de ser aplastado, degradado, humillado, explotado, empobrecido, defraudado, engañado y esclavizado; y a los opresores se les describe como crueles, despiadados, arrogantes, avaros, violentos y tiranos, y como el enemigo. Descripciones tales sólo pudieron haber sido escritas por un pueblo que originalmente había tenido una larga y dolorosa experiencia de lo que significa ser oprimido. Y, de hecho, cerca del 90 por ciento de la historia judía y posteriormente del pueblo cristiano, cuya historia se narra en la Biblia, es una historia de opresión nacional o internacional. Como nación, Israel se construyó sobre su dolorosa experiencia de opresión y represión en la esclavitud egipcia. Pero lo que marcó la diferencia para este

grupo de oprimidos fue la revelación de Yahvéh. Dios se reveló como Yahvéh, el que tiene compasión por los que sufren y los libera de sus opresores.

"He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos. Y he bajado a librarlos de los egipcios, a sacarlos de esta tierra para llevarlos a una tierra fértil y espaciosa, tierra que mana leche y miel, el país de los cananeos, hititas, amorreos, fereceos, heveos y jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado a mí, y he visto cómo los tiranizan los egipcios (Ex 3, 7-9).

En toda la Biblia Dios aparece como el liberador de los oprimidos. Dios no es neutral. No intenta reconciliar a Moisés con el Faraón, reconciliar a los esclavos hebreos con sus opresores egipcios o reconciliar al pueblo judío con cualquiera de sus posteriores opresores. La opresión es un pecado, y no se puede pactar con ella, hay que acabar con ella. Dios se pone del lado del oprimido. Como se lee en el Salmo 103, 6: "El Señor hace justicia y defiende a todos los oprimidos".

La identificación con los oprimidos no se limita al Antiguo Testamento. Cuando Jesús se levantó en la sinagoga de Nazareth para anunciar su misión, hizo uso de las palabras de Isaías:

"El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque él me ha ungido
para que dé la buena noticia a los pobres.
Me ha enviado para anunciar la libertad a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para poner en libertad a los oprimidos,
para proclamar el año de gracia del Señor" (Lc 4, 18-19).

No cabe lugar a dudas de que Jesús hace suya la causa de los pobres y de los oprimidos. Se ha identificado con sus intereses. Esto no significa que los ricos y los opresores no le importen. A estos los llama al arrepentimiento. Los cristianos oprimidos en Sudáfrica saben desde hace mucho que están unidos a Cristo en sus sufrimientos. Por su propio sufrimiento y su muerte en la cruz se convirtió en una víctima de la opresión y la violencia. Está con nosotros en nuestra opresión.

La tiranía en la tradición cristiana

Hay una larga tradición cristiana con respecto a la opresión, pero la palabra más comúnmente utilizada para describir esta forma particular de pecado ha sido la palabra "tiranía". De acuerdo a esta tradición, una vez que se ha establecido sin lugar a dudas que un gobernante en particular es un tirano o que un régimen en particular es tiránico, pierde el derecho moral a gobernar y el pueblo adquiere el derecho a resistir y a buscar los medios para proteger sus propios intereses contra la injusticia y la opresión. En otras palabras, un régimen tiránico no tiene **legitimidad moral**. Puede ser el gobierno **de facto** y puede incluso ser reconocido por otros gobiernos y, como consecuencia, ser el gobierno **de iure** o legal; pero si es un gobierno tiránico, desde un punto de vista moral y teológico, **es ilegítimo**.

Hay de hecho algunas diferencias de opinión dentro de la tradición cristiana sobre los medios que podrían utilizarse para derrocar a un tirano, **pero** no ha existido duda alguna respecto a nuestro deber cristiano de rehusarnos a cooperar con la tiranía y a hacer lo que podamos para destituirla.

Obviamente, todo depende de la definición de un tirano. ¿En qué momento un gobierno se transforma en un régimen tiránico?

La definición latina tradicional de tirano es **hostis boni communis** -un enemigo del bien común. El propósito de todo gobierno es la promoción de lo que se denomina el bien común del pueblo gobernado. Promover el bien común es gobernar en interés y para el beneficio de todo el pueblo. Muchos gobiernos no lo logran a veces. Se pueden cometer esta o aquella injusticia con una parte del pueblo. Tales fallas, por supuesto, deben ser criticadas, los actos ocasionales de injusticia no convierten a un gobierno en un enemigo del pueblo, en un tirano.

Para ser un enemigo del pueblo, un gobierno tendría que ser **en sus principios** contrario al bien común, y tendría que estar actuando constantemente en contra de los intereses del pueblo en su totalidad. Esto se haría clarísimo en los casos en que la política precisa de un gobierno fuera contraria

al bien común y donde el gobierno recibiera un mandato para gobernar de acuerdo a los intereses de una minoría y no de todo el pueblo. Un gobierno así sería en principio **irreformable**. Cualquier reforma que éste tratase de introducir no estaría orientada hacia el bien común sino a servir a los intereses de la minoría de la cual recibe su mandato.

Un régimen tiránico no puede seguir gobernando por mucho tiempo sin hacerse cada vez más violento. En la medida en que la mayoría del pueblo comience a reclamar sus derechos y a presionar al tirano, éste recurrirá cada vez más a formas desesperadas, crueles, groseras y despiadadas de tiranía y represión. El reinado de un tirano siempre termina siendo un reinado de terror. Esto es inevitable, porque desde un principio el tirano es un enemigo del bien común.

Esta caracterización de lo que entendemos como tirano o régimen tiránico puede ser mejor resumida en las palabras de un conocido teólogo moral: "un régimen que es abiertamente enemigo del pueblo y que viola el bien común constantemente y de la manera más grosera" (B. Häring, *The law of Christ*, vol. III, p. 150). Eso nos deja con el interrogante de si el actual gobierno de Sudáfrica es o no es tiránico. No cabe duda sobre lo que la mayoría del pueblo sudafricano piensa. Para ellos el régimen del "apartheid" es de hecho el enemigo del pueblo y esa es precisamente la manera como le llaman: el enemigo. En la crisis actual, más que nunca antes, el régimen ha perdido cualquier legitimidad que pudiera haber obtenido a los ojos del pueblo. ¿Está equivocado el pueblo? El "apartheid" es un sistema en el cual un régimen minoritario, elegido por un pequeño sector de la población, recibe un mandato explícito para gobernar de acuerdo a los intereses y para el beneficio de la comunidad blanca. Tal mandato o política es por definición contraria al bien común de todo el pueblo. De hecho, dado que trata de gobernar en favor de los intereses de los blancos y no en favor de los intereses de todos, termina gobernando de tal manera que no favorece ni siquiera los intereses de los mismos blancos. Se convierte en enemigo de todo el pueblo. En un tirano, en un régimen totalitario, en un reino de terror.

Esto significa también que el régimen minoritario del

"apartheid" es irreformable. No podemos esperar que el régimen del "apartheid" experimente una conversión o un cambio de opinión y que abandone totalmente su política racista pues no tiene el mandato del sector que lo apoya para hacerlo. Cualquier reforma o ajustes que hiciese tendrían que hacerse en favor de los intereses de aquellos que lo eligieron. Miembros individuales en el gobierno podrían experimentar una verdadera conversión y arrepentirse pero, si lo hiciesen, para ser consecuentes tendrían que abandonar un régimen que fue elegido y puesto en el poder precisamente por su política de "apartheid".

Esta es la razón por la que hemos llegado al impasse actual. En la medida en que la mayoría oprimida se vuelve más insistente y ejerce cada vez más presión sobre el tirano a través de boicots, huelgas, levantamientos, incendios e incluso la lucha armada, más tiránico se vuelve este régimen. Por un lado utilizará medidas represivas: detenciones, enjuiciamientos, asesinatos, torturas, proscripciones, propaganda, estados de emergencia y otros métodos desesperados y tiránicos y, por el otro, introducirá reformas que serán siempre inaceptables a la mayoría porque todas van a asegurar que la minoría blanca se mantenga en el poder.

Un régimen que es en principio el enemigo del pueblo no puede súbitamente comenzar a gobernar en favor de los intereses del pueblo. Únicamente puede ser sustituido por otro gobierno: uno que haya sido elegido por la mayoría del pueblo con un mandato explícito de gobernar en favor de los intereses de todo el pueblo.

Un régimen que se ha convertido en enemigo del pueblo, se ha convertido como consecuencia en enemigo de Dios. Los seres humanos están hechos a la imagen y semejanza de Dios y cualquier cosa que hagamos al más pequeño de ellos, se lo hacemos a Dios (Mt 25, 40-45).

Decir que el Estado o el régimen es el enemigo de Dios no quiere decir que todos los que apoyan el sistema estén conscientes de ello. Una gran mayoría simplemente ignora lo que está haciendo. Mucha gente ha sido engañada por la propaganda del régimen. Frecuentemente desconoce las consecuencias de su posición. Sin embargo, tal ceguera no hace al Estado ni menos tiránico ni menos enemigo del pueblo

y enemigo de Dios.

Por otro lado, el hecho de que el Estado sea tiránico y enemigo de Dios no es un pretexto para el odio. Como cristianos somos llamados a amar a nuestros enemigos (Mt 5, 44). No se dice que no debiéramos tener o que no tendríamos enemigos, o que no debiéramos identificar a los regímenes tiránicos como nuestros enemigos de hecho. Pero una vez que los hemos identificado, debemos esforzarnos por amarlos. Eso no siempre es fácil. Pero también entonces debemos recordar que el acto más grande de amor que podemos hacer, **tanto** por los oprimidos **como** por nuestros enemigos que son los opresores, es eliminar la opresión, derrocar a los tiranos del poder y establecer un gobierno justo para el bien común de **todo el pueblo**.

Un mensaje de esperanza

En el corazón de la buena nueva de Jesús y en el centro de toda verdadera profecía hay un mensaje de esperanza. Nada puede ser más relevante y más necesario en este momento de crisis en Sudáfrica que el mensaje cristiano de esperanza.

Jesús nos ha enseñado a hablar de esta esperanza como la venida del Reino de Dios. Nosotros creemos que Dios está presente en nuestro mundo, cambiando en buenas las situaciones malas y desesperadas, de tal modo que "venga su Reino" y que se haga "su voluntad en la tierra como en el cielo". Creemos que, al final, la bondad, la justicia y el amor triunfarán y que la tiranía y la opresión no durarán para siempre. Un día El "enjugará las lágrimas de sus ojos" (Ap 7,17 y 21,4) y "la pantera se tumbará con el cabrito" (Is 11,6). La verdadera paz y la verdadera reconciliación no son únicamente deseables, están además aseguradas y garantizadas. Esta es nuestra fe y nuestra esperanza.

¿Por qué este poderoso mensaje de esperanza no ha sido resaltado en la "Teología eclesial", en las declaraciones y pronunciamientos de sus líderes? ¿Se debe a que no quieren entusiasmar a los oprimidos con esperanzas exageradas?

A medida que esta crisis se profundiza día a día, lo que el opresor y el oprimido pueden exigir con todo derecho de las

Iglesias es un mensaje de esperanza. La mayoría de los oprimidos actualmente en Sudáfrica, y en especial los jóvenes, tienen esperanza. Están actuando valientemente y sin miedo porque tienen la esperanza segura de que la liberación llegará. Demasiado frecuentemente sus cuerpos son quebrantados, pero nada puede ya quebrantar su espíritu. Sin embargo, la esperanza necesita confirmarse. La esperanza necesita mantenerse y fortalecerse. La esperanza necesita propagarse. La gente necesita escuchar que se diga una y otra vez que Dios esta con ellos.

Por otro lado, el opresor y los que creen en la propaganda del opresor están desesperadamente atemorizados. Hay que hacerles ver los males diabólicos del sistema actual y hay que exhortarles a que se arrepientan; pero hay que darles también algo en que esperar. Actualmente tienen esperanzas falsas. Esperan mantener el status-quo y sus privilegios especiales, aunque con algunos ajustes, pero temen una verdadera alternativa. Sin embargo hay mucho más por lo que tener esperanza y no hay nada que temer. ¿Puede, acaso, el mensaje cristiano de esperanza dejar de ayudarles en este sentido?

Hay esperanza. Hay esperanza para todos nosotros. Pero el camino hacia esa esperanza será muy difícil y muy doloroso. El conflicto y la lucha se tendrán que intensificar en los próximos meses y años porque no existe otra manera de hacer desaparecer la injusticia y la opresión. Pero Dios está con nosotros. Sólo podemos intentar hacernos instrumento de su paz, aun a costa de la muerte. Debemos participar en la cruz de Cristo si queremos tener la esperanza de participar en su resurrección.

5. El reto a la acción

Dios está del lado de los oprimidos

Decir que la Iglesia debe ahora tomar partido en forma clara y coherente por los pobres y los oprimidos sería pasar por alto el hecho de que la mayoría de los cristianos en Sudáfrica ya lo han hecho. Con mucho, la mayor parte de la Iglesia en Sudáfrica es pobre y oprimida. Por supuesto, no debe

darse por sentado que todos los oprimidos han asumido su propia causa y están luchando por su propia liberación. Como tampoco puede suponerse que todos los cristianos oprimidos están completamente conscientes de que su causa es la causa de Dios. No obstante, sigue siendo cierto que la Iglesia ya está del lado de los oprimidos porque es allí donde se encuentra la mayoría de sus miembros. Pero es necesario que la Iglesia como totalidad se apropie de esta realidad y la confirme.

Al principio de este documento se señaló que la presente crisis ha realzado las divisiones en la Iglesia. Somos una Iglesia dividida precisamente porque no todos los miembros de nuestra Iglesia han tomado partido contra la opresión. En otras palabras, no todos los cristianos se han unido al Dios que "defiende a todos los oprimidos" (Sal 103,6). En lo que se refiere a la crisis actual, sólo hay un camino hacia la unidad de la Iglesia, y es que aquellos cristianos que se encuentran del lado del opresor o como nuevos espectadores, se crucen al otro lado para estar unidos en la fe y en la acción con aquéllos que son oprimidos. La unidad y la reconciliación, dentro de la Iglesia misma, sólo son posibles en torno a Dios y Jesucristo, los cuales van a ser encontrados del lado de los oprimidos.

Si es eso lo que la Iglesia debe llegar a ser, si es eso lo que la Iglesia en su totalidad debe tener como proyecto, ¿cómo lo podemos traducir en una acción concreta y efectiva?

La participación en la lucha

Los cristianos, si es que no lo están haciendo ya, deben simplemente participar en la lucha por la liberación y por una sociedad justa. Las campañas del pueblo, desde los boicots del consumidor hasta los piquetes, necesitan ser animadas y apoyadas por la Iglesia. A veces será necesaria la crítica, pero necesarios serán también el apoyo y el aliento. En otras palabras, la crisis actual reta a toda la Iglesia a pasar de un "ministerio de ambulancia" a un ministerio de participación y de compromiso.

Transformando las actividades de la Iglesia

La Iglesia tiene sus propias actividades específicas: servicios dominicales, servicios de comunión, bautizos, la escuela dominical, funerales, etcétera. También tiene su manera específica de expresar su fe y compromiso, por ejemplo, en la forma de confesiones de fe. Todas estas actividades deben transformarse para ser más plenamente coherentes con la fe profética en función del **kairós** que Dios nos ofrece hoy. Debe dársele un nombre a las fuerzas del mal que mencionamos en el bautismo. Sabemos cuáles son estas fuerzas del mal en la Sudáfrica de hoy. Debe dársele un nombre a la unidad y la comunidad que profesamos en nuestros servicios de comunión o misas. Es la solidaridad del pueblo la que nos invita a todos a unirnos a la lucha por la paz de Dios en Sudáfrica. Debe dársele un nombre al arrepentimiento que predicamos: es el arrepentimiento por nuestra parte de culpa en el sufrimiento y la opresión en nuestro país.

Mucho de lo que hacemos en los servicios de Iglesia ha perdido su relevancia para los pobres y los oprimidos. Nuestros servicios y sacramentos han sido apropiados para servir a la necesidad de comodidad y seguridad del individuo. Ahora estas mismas actividades eclesiales deben re-apropriarse para servir a las verdaderas necesidades religiosas de todo el pueblo y para promover la misión liberadora de Dios y de la Iglesia en el mundo.

Campañas especiales

Además de sus actividades regulares, la Iglesia tendría que tener campañas, proyectos y programas especiales dadas las necesidades especiales de la lucha para la liberación en Sudáfrica hoy. Sin embargo, hay que tener un especial cuidado aquí. La Iglesia debe evitar el convertirse en una "tercera fuerza", una fuerza entre el opresor y el oprimido. Los programas y campañas de la Iglesia no deben duplicar lo que las organizaciones populares ya están haciendo y, más importante todavía, la Iglesia no debe complicar las cosas con programas que van en contra de las luchas de las organizaciones políticas que verdaderamente representan los agravios y las reivindi-

caciones del pueblo. Hará falta la consulta, la cooperación y la coordinación. Tenemos las mismas metas, aun cuando tengamos diferencias respecto al significado último de aquello por lo que luchamos.

La desobediencia civil

Una vez que se ha establecido que el régimen actual no tiene legitimidad moral y que de hecho es un régimen tiránico, hay ciertas consecuencias para la Iglesia y sus actividades. En primer lugar, **la Iglesia no puede colaborar con la tiranía**. No puede o no debe hacer nada que pareciese dar legitimidad a un régimen moralmente ilegítimo. En segundo lugar, la Iglesia no debe únicamente rezar por un cambio de gobierno; también debe movilizar a sus miembros en cada parroquia para que comiencen a reflexionar, a trabajar y a planificar un cambio de gobierno en Sudáfrica. Debemos empezar a mirar hacia el futuro y comenzar a trabajar ahora con fe y esperanza firme en un futuro mejor. Y, finalmente, la ilegitimidad moral del régimen de "apartheid" significa que la Iglesia tendrá que verse involucrada a veces en **la desobediencia civil**. Una Iglesia que tome en serio sus responsabilidades en estas circunstancias tendrá que confrontar y desobedecer a veces al Estado a fin de obedecer a Dios.

La orientación moral

El pueblo busca en la Iglesia, especialmente en la crisis actual, una orientación moral. A fin de darle eso, la Iglesia debe presentar su posición con claridad absoluta y nunca cansarse de explicarla y dialogar al respecto. Luego debe ayudar al pueblo a comprender sus derechos y sus deberes. No debe haber malentendidos en cuanto al **deber moral** de todos los oprimidos de resistirse a la opresión y luchar por la liberación y la justicia. La Iglesia encontrará también que a veces necesita frenar los excesos y apelar a las conciencias de los que actúan irreflexiva e impetuosamente.

Sin embargo, la Iglesia de Jesucristo no está llamada a ser un bastión de cautela y moderación. La Iglesia debe retar, inspirar y motivar al pueblo. Tiene el mensaje de la cruz

que nos inspira a hacer sacrificios por la justicia y la liberación. Tiene un mensaje de esperanza que nos reta a despertar y a actuar con esperanza y confianza. La Iglesia debe predicar este mensaje no sólo con palabras, sermones y declaraciones, sino también por medio de sus acciones, programas, campañas y servicios litúrgicos.

Conclusión

Como dijimos al comienzo, no hay nada definitivo respecto a este documento. Nuestra esperanza es que estimulará la discusión, el debate, la reflexión y la oración, pero, sobre todo, que conducirá a la acción. Invitamos a todos los cristianos comprometidos a seguir con este tema, a realizar más investigaciones, a desarrollar los temas que aquí hemos presentado o a criticarlos, a volver a la Biblia, como hemos intentado hacerlo, con el interrogante que surge de la crisis de nuestro tiempo.

Si bien este documento sugiere varias maneras de comprometerse, no prescribe las acciones particulares que se deberían tomar. Hacemos un llamado a todos los que están comprometidos con esta forma profética de teología a utilizar este documento para la discusión en grupos, grandes o pequeños, para decidir una forma apropiada de acción, dependiendo de su situación particular, y para asumir la acción con otros grupos y organizaciones relacionados.

El reto a la renovación y la acción que hemos delineado aquí está dirigido a la Iglesia. No obstante, no significa que se dirige solamente a líderes eclesiales. El reto de la fe y de nuestro **kairós** actual está dirigido a todos aquellos que llevan el nombre de cristianos. Ninguno de nosotros puede sencillamente sentarse a esperar que un líder de la Iglesia o cualquier otro le diga lo que tiene que hacer. Todos debemos aceptar la responsabilidad de actuar y de vivir nuestra fe cristiana en estas circunstancias. Oramos para que Dios ayude a todos a traducir este reto de nuestros tiempos en acción.

Nosotros, como teólogos (tanto laicos como profesionales), nos hemos sentido retados por nuestras propias reflexiones,

nuestro intercambio de ideas y nuestros descubrimientos al reunirnos en grupos pequeños o grandes, a preparar este documento o a sugerir enmiendas. Estamos convencidos de que este reto viene de Dios y que se dirige a todos nosotros. Vemos la crisis o **kairós** actual de hecho como una visita divina.

Y finalmente, nos gustaría hacer un llamado a todos nuestros hermanos y hermanas cristianos en todo el mundo para que nos den el apoyo necesario en este sentido para poner fin a la pérdida diaria de tantas vidas jóvenes.

Nosotros, los abajo firmantes, asumimos la responsabilidad conjunta por lo que se dice en el presente documento no como si fuera una declaración final de la verdad sino como la dirección en la que Dios nos va llevando en este momento de nuestra historia.

Siguen las firmas de unos 150 pastores, sacerdotes, religiosos, teólogos laicos y profesionales de Iglesias de diversas denominaciones.